

TEMA INTRODUCTORIO

Extraído de:

Leopoldo Zea – El Problema de la Identidad Latinoamericana, México, Universidad Nacional Autónoma, 1985.

BÚSQUEDA DE LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA

Leopoldo Zea

1. La pregunta sobre la identidad latinoamericana

Apenas rebasado el primer medio siglo XIX, los latinoamericanos más destacados de su tiempo, se planteaban la, al parecer, extraña interrogante: ¿Es posible o existe una literatura latinoamericana? Son los Lastarria y Bilbao en Chile, los Altamirano y Prieto en México, los Sarmiento y Alberdi de la Argentina, los Montalvo en Ecuador y otros muchos los que, de diversas formas se plantean esta interrogante. Está aún viva la gesta de la independencia a lo largo de esta América; y vivas también las consecuencias de esta gesta. La mayoría de sus próceres han muerto en guerras intestinas, decepcionados y lanzados al exilio. Todos estos héroes han desconocido, como diría Hegel, la felicidad. El viejo orden colonial había sido destruido, pero de su destrucción no había surgido su natural contrapartida, el orden de la libertad, por el cual habían muerto millones y millones de hombres. Muchos de los caudillos de las batallas libertadoras se habían transformado en caciques para tomar, pura y simplemente, el lugar que en la colonia, ahora derrotada, guardaban sus testaferros. Sigue el viejo orden colonial, pero ahora al servicio de los caudillos transformados en caciques de las tierras libertadas. Y frente a ellos otros caudillos y grupos sociales marginados por quienes se consideraban legítimos herederos del orden colonial. Con ellos guerra civil y el más absoluto desamparo. Conciencia de orfandad, como la describiese Simón Bolívar, anticipando los resultados de su propia gesta. Frente a esta situación surge esa extraña pregunta sobre una literatura nacional o latinoamericana, por la que el verbo de los hombres de esta América pueda expresarse. Expresión de lo propio, y lo propio, a su vez, como expresión de una identidad aún desconocida.

Décadas más tarde, ya en el nacimiento del siglo XX, y con mayor insistencia al término de la segunda gran guerra, surge otra interrogante ¿Es posible o existe una filosofía latinoamericana? O más ampliamente ¿es posible o existe una cultura latinoamericana? Ya en 1840, Juan Bautista Alberdi se había también preguntado por la existencia de una filosofía que fuese propia de esta América. Preguntar surgido de esa conciencia de orfandad de que hablase Bolívar. La orfandad que significó el abandono del pasado colonial, por impuesto que éste fuese, sin tener, a cambio, con qué substituirlo. Esta misma preocupación, ha surgido ciega una orfandad semejante y que se hace expresa en este siglo XX, cien años más tarde. La orfandad del que, ahora, se ve obligado a desprenderse de las expresiones de otra cultura, la cultura aceptada, en substitución de la impuesta por el coloniaje ibero, la cultura creada por la nueva Europa, la Europa de la civilización y el progreso en la que pusieron toda su fe nuestros positivistas y civilizadores. Cultura, con todas sus expresiones, ahora puesta en crisis, a lo largo de las dos terribles guerras que envolvieron al mundo. La misma Europa, sintiéndose en colapso, hablaba de la América como el futuro de ella misma. Grave responsabilidad, que los americanos de esta región del continente recibían, sin estar plenamente seguros de su capacidad para

cumplir aquello que para Hegel había sido simple profecía.

Las interrogaciones hechas en estas dos etapas de la historia de la América Latina, plantean algo de extremada gravedad para los hombres y pueblos que los hacen. Tanto la pregunta sobre la existencia o posibilidad de una literatura, como la que se hace sobre una filosofía o, más ampliamente, sobre una cultura latinoamericana, hacen referencia a la misma posibilidad de la existencia del hombre, de lo que se supone es natural a tal hombre, a todo hombre, si es que ha de ser considerado como tal. Es la pregunta por la existencia o posibilidad del Logos, del que ya hablaron los griegos, origen de la cultura de la cual los latinoamericanos parecían estar marginados. El Logos considerado en su doble acepción, como palabra y como razón. Lo cual equivale a preguntarse, nada menos, sobre la capacidad de los hombres de esta América para hablar y para razonar, esto es para expresarse como hombres. Doble expresión de la cultura, de cuya existencia da testimonio la existencia misma del hombre, de todo hombre.

Los hombres de esta América hablan y razonan, pero sienten este hablar y razonar como algo que les fuera extraño, impuesto. Algo que no les fuera propio y, que por lo mismo, no los expresase legítimamente. Próspero, dice Shakespeare en su Tempestad, enseñó a Calibán a hablar, o al menos a tartamudear, para que se pudiese incorporar al mundo del mismo Próspero, pero de acuerdo con el orden por él establecido. Calibán, es sólo un pobre bruto que a veces, se rebela contra el orden cultural de su señor natural. Calibán, en efecto, se rebelará contra su colonizador, utilizando el lenguaje por él aprendido, como instrumento para maldecir a su dominador. Sin embargo, sabe que tiene que romper con dicho lenguaje, con el cual sólo puede maldecir, pero no crear. Dentro de este lenguaje, el razonamiento y cultura impuestos por la conquista, los nacidos en esta América, como nos diría también Bolívar, no tienen otro lugar que el de siervos. Lenguaje y razón propios de siervos y que, por lo mismo tienen que ser substituidos. Pero esto conduce a su vez a la conciencia de la orfandad, la orfandad de la servidumbre perdida que conduce al americano a preguntarse, nada más y nada menos, sobre su propia humanidad. Porque tal implica el preguntarse sobre la existencia o posibilidad de una literatura y sobre una filosofía y cultura propiamente americanas. Tal es la preocupación que se vuelve a plantear en nuestro siglo al entrar, en supuesto colapso, la cultura de la que se había servido el americano de esta parte del continente, para substituir la que le había sido impuesta por el colonaje ibero. Substitución, como ya señalarían José Enrique Rodó y José Martí, al término del siglo XIX, que sólo había implicado un cambio de servidumbre. Era el colonialismo substituido ya, por el neocolonialismo del que hablamos en nuestros días. Por ello muchos latinoamericanos entendieron el supuesto colapso de la cultura occidental en la segunda guerra, como el colapso del neocolonialismo. Pero ello implicaba nueva orfandad y con ella un nuevo intento de autoidentificación. Será esto lo que se propondrá el hombre de esta América al interrogarse sobre la existencia o posibilidad de un lenguaje, un razonar y una cultura que pudiese llamar latinoamericanas. Preguntarse sobre un lenguaje, una filosofía y una cultura latinoamericanas, era preguntarse sobre un modo de ser que no fuese, el que la dominación había forjado, el que la conquista había impuesto. Un modo de ser que no fuese ya cuestionado. Para ello el americano empezaba por cuestionar un modo de ser que no consideraba propio. Interrogaba sobre su capacidad para expresarse y razonar como todo hombre, capacidad que le había sido previamente cuestionada. Se dudaba de su capacidad para expresarse y razonar, lo que implicaba cuestionar su propia humanidad. Regateo de humanidad que le había venido siendo hecha por sus descubridores, conquistadores y colonizadores. Cuestionamiento en el que se insistió, desde el momento mismo de la expansión europea sobre el mundo. Será este cuestionamiento el que origine el interrogante que sobre su

propia identidad, se harán los hombres de esta América. Una identidad, una y otra vez regateada por quienes, en turno, van imponiendo su dominación. Una interrogante que, por supuesto, no encontraremos en las expresiones de la cultura europea y occidental, ya que no existe quien ponga en duda esa su humanidad. El creador de la cultura europea se ha preguntado, por supuesto, sobre su ser, pero sobre un ser que abarca todo lo existente y le da sentido sobre todo en que puede hablar y pensar. Nunca en relación con otros hombres y otras culturas. Ya que son estos hombres y estas culturas, cuando se encuentran con ellos, los que tienen que responder de sí mismos para justificarse ante el hombre y la cultura por excelencia, erigidos en modelos con los cuales han de ser juzgadas todas las expresiones del hombre y la cultura. Europa, el Occidente, ha acuñado una idea del hombre y una idea de la cultura frente a los cuales ha de justificarse toda expresión humana y cultural. Europa crea cultura, y por ello nunca se interroga sobre la posibilidad o existencia de la misma. Crea literatura y filosofía sin preguntarse si ellas son legítimas ya que no tienen ante quien legitimarse. En nuestra América este preguntar tiene sentido porque surge en relación con alguien que juzga y concede la regateada humanidad. Se plantea en relación con alguien de quien los hombres de esta América se saben dependientes. La legitimación viene, precisamente, de este alguien externo a nuestros hombres y pueblos. Legitimación para quienes se sienten a sí mismos ilegítimos, bastardos y en culpa por una falta que les ha sido impuesta. La toma de conciencia de este hecho es lo que ha venido originando la preocupación, extraordinariamente viva en las últimas décadas, por definir una identidad que no tenga que ser avalada por nada externo a ella. Una identidad que habrá de encontrarse en las expresiones de una historia impuesta, pero no por ello menos vivida por los hombres de esta América de acuerdo con una aun oculta identidad. Preguntarse sobre la existencia de una literatura, una filosofía y una cultura latinoamericanas, es ya algo más que preguntar sobre su posibilidad, pues en el interrogar mismo se están ya expresando rasgos propios de su existencia. Se trata de una literatura, una filosofía y una cultura, de un hablar, un razonar y un dar sentido que expresan ya un modo de ser concreto de un hombre que no tiene por qué ser justificado, ni avalado, por nada externo a él. Un modo de ser del hombre como expresión concreta de una humanidad que no puede ni debe ser exclusiva de un hombre o un pueblo.

2. La cultura como asimilación

La interrogante que sobre su propia identidad se hace el hombre americano; la interrogante sobre su capacidad para expresarse y razonar, es una interrogante que, decíamos, no se encuentra en la cultura europea u occidental, piedra de toque de lo que se considera la expresión y el razonar por excelencia. Por ello, este preguntarse sobre la existencia o posibilidad de una literatura, un filosofar y una cultura latinoamericanas será visto, por quienes aceptan el modelo europeo como ilegítimo. Un preguntar ilegítimo, nos dicen que no se encuentra en la literatura y la filosofía europeas consideradas corrió universales. Porque es Europa, el Occidente, se considera, lo que da sentido a toda expresión y a todo razonar legítimo. Por ello, lo que se aparte de esta expresión y razón será ilegítimo. Así lo ha afirmado y afirma Europa, y ante ella otros hombres y pueblos tienen que justificar sus expresiones, si es que no han de quedar fuera de la universalidad. Sólo existe una cultura propiamente dicha, decía Tomás Mann en los difíciles días del colapso de la última gran guerra, y esta cultura es la europea. Sólo existe una literatura y una filosofía, las que se originan en la cultura europea.

Ahora bien, quienes en esta América se plantean interrogantes, supuestamente ilegítimas ¿pretenden cambiar o suplantar la extraordinaria cultura europea u occidental?

Por supuesto que no, y en esto está el equívoco e, inclusive, la tragedia que se plantea a los hombres y pueblos de esta América. Hombres y pueblos que se sienten divididos, obligados a amputarse a sí mismos ante la disyuntiva que ya se planteaba Simón Bolívar ¿somos indios?, ¿somos españoles?, ¿somos americanos?, ¿somos europeos? Ya que los hombres de cultura de esta América que se hacen semejantes interrogaciones, nunca han pretendido ni pretenden anular, negar o borrar la cultura europea u occidental, sino, por el contrario, hacerla suya, ampliarla, realizarla, hacer plena su hasta ahora supuesta universalidad.

La cultura europea es lo que es, y lo que le permite presentarse como universal, debido a que ha sabido asimilar como propio el pasado como historia y cultura propias, las cuales se hacen remontar a Grecia. Grecia, que supo, a su vez, asimilar, apropiarse, de las expresiones culturales de los hombres y pueblos con los que se encontró en ineludible relación. Grecia, la cual a su vez se prolonga en el práctico genio romano; un genio que permite a Roma, a su vez, apropiarse de las expresiones culturales de los pueblos sobre los cuales se extendió su dominio. Genio que hace que una doctrina nacida en el Medio Oriente, el cristianismo, se universalice a través de las expresiones culturales y de dominio cíe Roma. La cultura cristiana que lleva dentro de sí a Grecia y Roma y que a su vez dará sentido a las expresiones de los pueblos considerados bárbaros, el sentido del que va a originarse Europa. La Europa que al resumir todo ese gran pasado en el Renacimiento, hará del hombre el punto de partida de todo filosofar. Es la Europa que, pese a múltiples y diversas expresiones en cuanto a la lengua y cultura hará de las mismas una sola gran cultura y una historia. La cultura, transformada en civilización. La civilización europea que será como la contrapartida del espíritu que le dio origen. La civilización occidental ya enfrentada a otras civilizaciones allende sus fronteras geográficas. Y es aquí, en este expandirse Europa sobre América y el mundo, que los latinoamericanos pretenderán, no negar dicha cultura, sino prolongarla. Prolongarla haciéndola formar parte de las expresiones de esta región del planeta. Esto es, se quiere hacer en América lo que Europa ha venido haciendo en sus propias y diversas regiones. No se trata de negar pero tampoco de repetir las expresiones de la cultura europea u occidental, sino hacerla formar parte de esa ineludible realidad que es América, como Grecia formó parte de Roma y ambas de la cultura cristiana y todas ellas de la cultura europea u occidental. Prolongar la cultura europea u occidental, pero creativamente en relación con la realidad en que ha de ser recreada. El griego y el latín amalgamaron las diversas expresiones de la cultura europea. La filosofía griega, el voluntarismo romano y la filosofía cristiana hicieron posible la filosofía europea considerada como universal. Todas ellas, a su vez, permitirán al hombre de esta América, a partir de su propia realidad, expresarse con un acento que ha de serle propio y original; y al mismo tiempo filosofar, buscando el sentido de la ineludible realidad de la cual se ha originado América; América como parte que es de lo humano que va concretándose. Nada más, pero también nada menos.

Ahora bien ¿es posible esta pretensión? ¿Es posible una expresión literaria, filosófica y cultural latinoamericanas que hagan de lo ya creado instrumento de la recreación de esta América? Por supuesto que sí. Que esto es posible lo demuestra la historia misma de la cultura europea u occidental. Una cultura que se ha ido enriqueciendo dialécticamente de las múltiples expresiones del hombre, y de las cuales ha venido siendo síntesis cada vez mas amplia. La universalidad, pero no como un hecho ya dado, sino como posibilidad abierta a todos los hombres y pueblos, posibilidad de la que depende la más auténtica ampliación de la cultura que más que europea y occidental, más que americana, ha de ser, pura y simplemente humana. Expresión plena del hombre, con independencia de sus

múltiples formas de concreción.

Frente a esto, surge una grave interrogante: ¿Por qué una cultura, como la europea, que se ha originado a lo largo de múltiples asunciones, de múltiples asimilaciones de la propia realidad y de las realidades con las cuales se ha ido encontrando, ve como negativos los esfuerzos que en este sentido han intentado e intentan realizar los hombres de esta América? ¿Por qué una cultura que se ha apropiado de las expresiones de las culturas de otros pueblos u hombres enriqueciéndolas e enriqueciéndose, se muestra contraria a que ella a su vez, sea asimilada por otros hombres y pueblos allende sus fronteras e intereses? Negativa que se hace ya patente en las Lecciones de Filosofía de la Historia de Hegel y se expresa a lo largo de sus consideraciones sobre el pasado, el presente y el futuro de los pueblos situados en la periferia de esa cultura y de sus intereses.

3. La cultura como discriminación

La cultura occidental, desde sus remotos orígenes, lleva en sí los elementos de la actitud discriminatoria que se hará expresa con toda su fuerza al expandirse los hombres y pueblos creadores de dicha cultura, sobre el resto del mundo a partir del descubrimiento de América en 1492. No es esta actitud algo privativo de la cultura occidental, ya que otras culturas han mantenido esta misma actitud en su encuentro con otras culturas, hombres y pueblos. Sin embargo es el extraordinario volumen que alcanza este encuentro el que abarcará a todos los hombres del planeta, tanto a los que ya habían alcanzado un extraordinario desarrollo como los asiáticos, como a los que lo iniciaban, más allá de la ecumene creada por Europa o el Occidente. La denominación Occidente pasa a ser sinónimo de esa discriminación, expresada geográficamente. Ya en Grecia, cuna de la extraordinaria cultura europea se hace expresa la discriminación que, en la Europa moderna, alcanzará a todo el planeta. Discriminación que permitirá justificar el predominio, la hegemonía, de la cuna de la cultura europea sobre el mundo por ella conocido. El logos, que hace del hombre un hombre, lo que lo distingue al hombre del resto de los entes que forman la naturaleza. El logos en su doble acepción, como palabra y como razón, va a presentarse como algo privativo del griego, algo de su propia exclusividad y por ello difícilmente asequible a otros entes sólo parecidos al hombre. Entes más cerca del animal que del hombre, en el cual el logos se hace expreso como palabra nítida, precisa y como razón. Razón y palabra ligadas estrechamente como expresión total del logos. La razón que somete al mundo exterior a su natural legalidad, y la palabra capaz de comunicar a otros hombres esta legalidad. Razonar bien implica hablar bien. El que piensa correctamente puede expresarse con la misma corrección; esta capacidad la poseía el griego a través de su lengua, el griego. El griego que permite delimitar, ver claro y, al mismo tiempo expresar con la misma claridad.

Allí están, precisamente, esos otros entes que se parecen al hombre por excelencia, pero que no lo son en cuanto muestra su incapacidad para el uso del logos. Tartamudean, como el borracho de que habla Heráclito; balbucean, no pueden expresarse con claridad, porque tampoco pueden razonar con esa misma claridad. Son los bárbaros; bárbaros, balbuceantes que no saben pensar ni hablar con claridad. Por ello balbucean, barbarizan, y por ello, igualmente no son plenamente hombres; porque ser hombres es poseer con plenitud el logos como capacidad de razonar y expresarse. El bárbaro que, por su incapacidad se convierte en instrumento y debe servir al hombre por excelencia. El logos otorga superioridad sobre quienes no lo poseen, lo que implica a su vez dominio, mando. "Los reyes deben ser filósofos o los filósofos reyes" diría Platón. El logos por encima de

todo, como principio o principio del cosmos. Fuera del logos, lo bárbaro, la nada, lo que no puede tener, dentro del orden político y social creado por el logos, otro lugar que el de subordinación, de instrumento al servicio del hombre por excelencia como lo es el resto de la naturaleza.

El logos se transformará en justicia para los herederos de Grecia, los prácticos romanos que hacen de la Polis en que domina -el Logos, la Civitas en que domina la justicia. Justicia que también es razón y palabra, salvo que ya no es exclusiva de un determinado tipo de hombre, como el griego, sino de los diversos hombres que, con sus no menos diversas expresiones han de formar el imperio romano. Roma que ha asimilado el logos griego y hace de él instrumento de esta asimilación, ya no de discriminación de los hombres y culturas con los cuales habrá de encontrarse y con los cuales ha de convivir. El logos como justicia abierta a hombres y culturas; no ya para disolverse en ellas, sino para apropiárselas y acrecentar su propio poder. Es la Roma de los panteones en donde todos los dioses tienen lugar y, con ellos, todas las culturas y los hombres que las crean. Aquí el latín, el logos de Roma, lejos de rechazar las múltiples expresiones de los lenguajes considerados bárbaros les ofrece el instrumento para su propia aglutinación y la posibilidad de creación de los ricos lenguajes que Europa presentará un día al mundo. Hombres de razas y culturas distintas, de lenguas igualmente diversas, encuentran en el logos romano su aglutinación. El logos greco-romano sirviendo ya de raíz a la múltiple expresión de la cultura europea.

Dando plena unidad a múltiples expresiones del hombre surge el cristianismo que se sirve del logos romano para universalizarse, logos que habla, razona y ordena en latín. El cristianismo se universaliza así a través del lenguaje y poder romanos. El logos griego será sometido al justiciero orden de Roma, objeto ya de preocupación de los filósofos cristianos que tratarán ahora de incorporar a este logos justiciero, las expresiones culturales de los pueblos en donde ha surgido el cristianismo.. Los filósofos griegos filosofan ahora en latín con los Santos Padres de la cristiandad en la que ningún hombre es ya discriminado. Ya no más esclavos, aunque permanezca la servidumbre, porque todos los hombres son iguales por ser criaturas de un solo gran creador; criaturas por las que ha muerto un Dios, Cristo, el cual ha muerto para así liberarlas de la discriminación del antiguo logos. En todo caso una nueva discriminación, que no es ya entre pueblos y culturas, sino entre clases. Las polis y las civitas dejan su lugar a los burgos en donde otro hombre, heredero de toda la ya larga historia, prepara su ascensión y presencia en el mundo. Es el burgués, armado de nuevo logos encaminado a poner a la naturaleza entera a su servicio. Pero un logos, o razón, ya al alcance de todos los hombres, por el solo hecho de ser hombres. "Todos los hombres son iguales por la razón."

Aquí, en este momento de esta historia, Europa, fruto de la misma, descubre América. El descubrimiento de América será el punto de partida de una expansión que ha de ser planetaria. Punto de partida de la conquista y colonización del continente descubierto y del resto de los pueblos del orbe, tanto hacia el oriente, como hacia el occidente y el sur de Europa. Europa parece ahora preparada para ampliar su ecumene, para universalizarse plenamente entre hombres y pueblos hasta ayer en la periferia de sus antiguas fronteras. El cristianismo que hermana a los hombres en Cristo, que sabe como hacer que los hombres se reconozcan entre sí como semejantes, parece permitir la ampliación de la ya extraordinaria ecumene. La razón, que hace a los hombres semejantes entre sí, la razón que permite poner la naturaleza al servicio de los mismos hombres, parece posibilitar la incorporación de todos los hombres y culturas de los hasta ayer lejanos mundos. América, nuestra América, será objeto de una doble expansión: la ibero-cristiana en el siglo XVI y la occidental (Inglaterra, Francia, Holanda) nacionalista y

práctica en el siglo XVII. Paradójicamente, los hombres que enarbolar! la cruz de Cristo que hermano a los hombres entre sí, a la razón hace de los hombres iguales entre sí, vari a crear una nueva y no menos brutal discriminación. Discriminación no conocida aún por la historia de la humanidad. Unos y otros, cristianos y nacionalistas, más que incorporar a los hombres y pueblos con los cuales se encuentran, crearán la filosofía que justifique nueva discriminación, nueva explotación y utilización en nombre de Cristo o de la razón supuestamente igualatorias.

4. La cultura como yuxtaposición

Europa, al expandirse mas allá de los que fueran los límites geográficos creados por el imperio romano —tanto a través de la expansión ibera que se inicia en el siglo XVI, como en la expansión llamada occidental que se continúa en el siglo XVII— va a dejar de lado aquella su capacidad mestizadora que la había enriquecido y dado forma a lo largo de su historia. Tanto la expansión iberocristiana, como la moderna-occidental parten del supuesto de la indiscutida superioridad de la cultura de que son portadores y, con ella, la de la superioridad del hombre que la ha creado. Frente a esta cultura y este hombre, las culturas, hombres y pueblos con los que se encuentran van a ser considerados extraños y por ende inferiores a todo lo que el cristianismo o la modernidad representan como expresión del desarrollo de la humanidad. Frente al cristianismo-occidental sólo habrá hombres y pueblos primitivos o anacrónicos, y por serlo, extraños a la auténtica cultura y a la humanidad del cristianismo occidental.

La expansión ibera, sin abandonar el sentido cristiano de la existencia, partiendo de lo que considera su misión primordial, la evangelización, incorpora a los indígenas de América, a su ecúmene. Todos estos hombres pueden ser cristianos a través del bautismo, y de esta forma ser parte del orden cristiano, pero siempre en un plano que no será de igualdad con sus descubridores, conquistadores y evangelizadores. Serán estos los que, a través de un largo tutelaje hagan posible, paso a paso, la incorporación del indígena al orden cristiano, pero sólo en la relación que la capacidad de los indígenas para este largo aprendizaje permita. Aprendizaje que nunca será suficiente para permitir la plena igualdad entre indígenas y colonizadores. El indígena siempre será un cristiano balbuciente, bárbaro, a la manera en que entendían la barbarie los griegos. Pero si en la antigüedad griegos y bárbaros eran distintos entre sí por naturaleza, en el siglo XVI, indígenas y colonizadores serán, también por naturaleza, distintos. Por ello la dominación ibera encontrará en la filosofía helénica la justificación de su predominio, sin negar por ello su cristianismo igualador. Todos los hombres pueden ser cristianos, pero no todos los hombres pueden tener un lugar semejante en el orden natural del que es expresión la conquista y la colonización.

Como ya Aristóteles lo exponía, existen por naturaleza, hombres destinados a mandar y hombres destinados a obedecer. Amos y esclavos, señores y siervos, encomenderos y encomendados. Todos los hombres son iguales ante Dios, pero distintos entre sí por su propia naturaleza. Homúnculos, hombrecillos, llama Juan Ginés de Sepúlveda a los indígenas en relación con sus conquistadores y colonizadores, que son los hombres por excelencia. Hombres a quienes Dios ha encomendado la tarea de hacer de los homúnculos hombres plenos en el sentido cristiano, pero sin que esta plenitud, afecte el orden natural de la sociedad de los que son parte por la conquista y la colonización. Estos hombrecillos, hagan lo que hagan, como dirá Próspero a Calibán, nunca podrán ser iguales a sus conquistadores. Y junto con estos hombrecillos, estará su cultura, que deberá quedar sumergida, o destruida cuando sea posible o, al menos, oculta, cubierta

por la cultura que le ha de ser impuesta por sus dominadores cristianos. Así, la mestización racial y cultural que posibilitó Roma y justificó el cristianismo, e hizo a Europa, será imposible en América y en todo el mundo allende las fronteras de Europa. Lo diabólico no puede mezclarse con lo divino, lo inferior con lo superior. De esta manera la cultura traída por la dominación ibérica se yuxtapondrá a la cultura autóctona con la que se encuentra. Esta cultura, sin embargo aflorará, a pesar de todo, en las expresiones que surjan de este encuentro. Los mismos evangelizadores tendrán que servirse de las expresiones de la cultura y la concepción de la vida indígenas para poder imponer la cultura y el sentido de la vida cristianos. La desigualdad cultural y social entre conquistadores y conquistados se extenderá a las expresiones de todos los nacidos en estas tierras ya sean indígenas, criollos o mestizos.

La segunda expresión de la expansión europea sobre el mundo, la moderno-occidental, de la que serán agentes Inglaterra, Francia y Holanda hará aún más honda la marginalización de los hombres y pueblos con los cuales se encontrarán. Paradójicamente, se trata de los mismos hombres que han dado origen y enarbolan una nueva concepción del hombre y de lo humano. "Todos los hombres -decía Descartes— son iguales por la razón." En este postulado igualitario se apoyarán la revolución de los Estados Unidos en 1776 y la de Francia en 1789. Sobre esta igualdad se hará la declaración de los derechos del hombre, de todo hombre, que lo es por ser un ente racional por naturaleza. Las desigualdades raciales, culturales y sociales serán accidentales dentro del cartesianismo. Obviamente, los hombres y pueblos con los cuales se van a encontrar los europeos al expandirse sobre el mundo, son sus iguales, por poseer razón, que es lo propio de lo humano. Son distintos por sus hábitos, y por sus costumbres, esto es por lo accidental, pero no por ello menos hombres. Hasta aquí la argumentación era correcta por lo que se refiere a la idea universal que se tenía del hombre y lo humano de sus expresiones.

Pero hay algo en lo que pondrán su atención a estos mismos hombres al expandirse sobre el resto del globo, aquello que para la filosofía cartesiana era algo accidental: la diversidad de hábitos y costumbres. Algo que afectará al uso mismo de la razón, las diferencias raciales que parecen estar ligadas a esa diversidad de hábitos y costumbres. Igualmente el uso de la razón en relación con la situación social en que se encuentran estos hombres y pueblos. La razón es igual, pero es utilizada en forma diversa por los hombres de acuerdo con su situación racial, social y cultural. Todos los hombres son iguales entre sí por la razón, pero no ya por la forma como se usa esa razón; el uso de la razón vuelve a separar a unos hombres de otros, a unos pueblos de otros. Pueblos, como los asiáticos u orientales viven ya anacrónicamente en relación con los europeos que han sabido utilizar mejor esa misma razón. Pueblos, como los americanos y africanos, que aún no saben del buen uso de la razón viven como los europeos vivieron en un pasado ya lejano; pueblos, por ello primitivos, inmaduros. La razón no les ha permitido a unos y otros alcanzar lo alcanzado por el hombre europeo u occidental. Ciento es, pues, que todos los hombres son iguales por la razón, pero también es cierto que no lo son ya por lo que se refiere al uso de esa misma razón. ¿Qué ha impedido que los pueblos al oriente no hayan alcanzado el grado de desarrollo europeo? ¿Qué ha impedido que americanos y africanos tampoco lo alcancen? ¿Mal uso de la razón? ¿Incapacidad para su uso pleno? ¿De dónde proviene entonces esa incapacidad?

Lo accidental, la raza, la cultura, y la situación social se ha transformado ahora en esencial. ¿No será que la razón, aun siendo esencial a todos los hombres, no ha podido alcanzar el mismo desarrollo que en el europeo por encontrarse inmersa en hombres de diversa constitución? ¿No será que la raza, el color de la piel, o la conformación del

cráneo es lo que impide que los indígenas americanos, los asiáticos y los africanos hagan buen uso de la razón? ¿No será ésta la causa del anacronismo asiático, el subdesarrollo americano y el primitivismo africano? ¿No será, también la diversidad social y cultural en que éstos se han formado el motivo de su anacronismo y primitivismo? ¿No explica también esta diversidad el éxito del hombre creador de la cultura occidental? ¿No será, precisamente, que lo que parecía ser accidental es lo que hace a los hombres desiguales entre sí, pese a tener todos una razón que aparentemente los igualaría?

La naturaleza, de que habla el hombre moderno y occidental, no es ya la naturaleza de la que hablaban los griegos, e hicieron suya los iberos en el siglo XVI. No se trata ya de un orden o cosmos establecido el que cada ente tiene el lugar que le corresponde. La naturaleza, en sentido moderno es lo opuesto al hombre, es lo que tiene que ser dominado, vencido por el hombre para que éste alcance su libertad. Liberarse, dominando a la naturaleza es la consigna del hombre moderno. Es el espíritu lo propio del hombre, la razón que hace del hombre un hombre, el que ha de dominar a la naturaleza, a la materia en sus diversas expresiones. A la naturaleza que ha de estar al servicio del hombre, al servicio del espíritu; a éste con su capacidad de situarse por encima de la naturaleza poniéndola a su servicio. Dentro de la naturaleza que ha de ser dominada, está también esa parte del hombre que lo identificó con lo animal. El hombre ha de vencer a la naturaleza en sí mismo, a sus apetitos, a todo lo que le impida alcanzar el pleno desarrollo que conduce a la libertad plena del espíritu del hombre. El hombre, cuya razón está inmersa en lo que tiene de naturaleza, tiene que dominarla para realizarse con plenitud. Cuando se habla del hombre natural, se habla del hombre que aún no vence su naturaleza. Por ello, los naturales son los hombres que aún forman parte de la naturaleza. Naturaleza que ha de ser utilizada, o anulada, según sirva o estorbe a los fines del hombre por excelencia. Las expresiones actuales de estos hombres, marginados por su naturaleza, se encuentran allende Europa. Hombres marginados; hombres que no han podido llegar a ser plenamente hombres; o bien aquellos que lo fueron pero que ya no lo son. Subhombres, que antes de igualarse con el hombre por excelencia tendrán que aprender a usar bien su razón y, con ello, poder someter la difícil naturaleza que le ha impedido y le impide ser plenamente hombre.

El coloniaje ibero, más fiel al espíritu cristiano de la igualdad entre los hombres, no impide el mestizaje racial, pero el coloniaje occidental será, por el contrario, abiertamente opuesto a todo mestizaje. Poniendo, como pone, el acento en lo que parecía accidental en el hombre, la naturaleza; naturaleza patente en el color de piel y la constitución somática, vera la mezcla de otras razas con la propia, como un acto de corrupción. Corrupción de la raza que ha alcanzado ya tan visible superioridad y desarrollo. El cristianismo al transformarse en puritanismo hace del hombre un ente privilegiado, predestinado a servir a Dios poniendo a su servicio a la naturaleza. La civilización es la máxima expresión del triunfo del hombre. Es este triunfo el que divide a los hombres en文明izados y bárbaros. Pero no ya lo bárbaro en el sentido que lo entendía el griego sino, de acuerdo con la diferenciación natural de las especies, de lo que habla la ciencia moderna: especies superiores y especies inferiores. Y estas últimas al servicio del progreso infinito de las primeras. Por ello los naturales con los que se encuentran en diversas regiones de la tierra deben ser utilizados como es utilizado el resto de la naturaleza, como son utilizados el suelo, la flora y la fauna. Dentro de esta concepción, mezclas raciales como las originadas por la colonización ibera en América serán vistas como violación a las leyes de la naturaleza, de acuerdo con las cuales las especies superiores no deben ni pueden mezclarse con otras inferiores sin corromperse y quedar, por ello, fuera del ámbito de lo propiamente humano. De esta forma el mundo ibero, y la

colonización que éste ha originado, serán igualmente marginados. Y también por ello, este mundo será visto como objeto de dominio por el mundo civilizado para el pleno logro de la civilización a la que se siente abocado el hombre y el mundo occidental. Civilización que ha de ser impuesta al indio, al negro, al criollo y a todo el que haya nacido en tan singular sociedad, como producto de una absurda mezcla. Todo debe ser dominado, incluyendo la cultura y el hombre que hizo posible semejante aberración. Al margen del occidente civilizado queda la América a que diera origen la colonización ibérica.

5. La cultura como interrogante

Dentro de este ámbito histórico adquieran sentido las interrogaciones sobre la existencia y posibilidad de una literatura, una filosofía y una cultura americanas. Interrogante que no se habían planteado los hombres que dieron origen a la cultura europea y occidental, y de las cuales, de alguna forma, se sienten herederos los hombres de esta parte de América. Y esto es así precisamente, porque lo que se les ha discutido ha sido su capacidad para hacer suya tal herencia; para prolongarla y enriquecerla, a partir de sus propias experiencias. ¿Cómo es posible que esta cultura tan extraordinariamente superior pueda ser prolongada y enriquecida por hombres de una cultura por naturaleza inferior? ya que la mezcla entre lo superior y lo inferior sólo puede originar formas aún más inferiores. El americano es sólo un hijo natural, el bastardo de su descubridor, conquistador y colonizador, y su existencia un simple hecho etnológico ajeno a toda calificación* cultural. Hijo natural, bastardo de una cultura que nunca podrá considerar como plenamente suya. Bastardía que caerá sobre todo nacido en esta parte de América. Bastardía que considero le viene de origen. Un origen que no se puede vencer ni ser rechazado. Bastardía que avergüenza porque impide al mestizo acceder al mundo del padre. De esta bastardía estarán marcadas las múltiples expresiones de este hombre: la expresión verbal misma, el razonar; el sentido de toda la existencia y la acción. Hombre que se siente obligado a ser como el padre que le ha impuesto su cultura, pero a sabiendas de que no podrá serlo plenamente, que no podrá rebasarlo como éste ha rebasado a sus antecesores. La relación aquí no es psicoanalítica, sino histórica. Relación brutal impuesta por la historia. Parte de una negación de humanidad, condenada a tratar de ser como el modelo paterno, aunque esté condenado a su vez a no ser jamás como él. No poder ser plenamente parte del mundo del colonizador, salvo en la relación de servidumbre; pero tampoco del mundo objeto de la dominación porque es éste el que le impide ser como su dominador. Se va a plantear así el problema de una identidad que parece no existir. Dentro de este interrogante se planteó el de su capacidad para expresarse, razonar y dar sentido a una existencia que parece encontrarse en una especie de limbo ondeo, cultural e histórico. Así, el mestizaje racial y cultural que hizo posible la extraordinaria cultura europea, será visto, por esta misma cultura, como negativo, como algo que lejos de estimular el desarrollo del hombre lo impide, corrompiéndolo. El mestizaje que diera origen a Europa será visto ahora como falta, corrió pecado de difícil si no de imposible redención.

El asiático y el africano, que también fueron campos de la expansión del hombre occidental, se preguntarán, igualmente por su identidad. Pero una identidad más fácilmente accesible de lo que es para el hombre de esta América. El asiático puede hacer de sus viejas culturas, que no tienen por qué ser vistas como anacrónicas, el punto de partida para una nueva expresión de las mismas; utilizando inclusive las expresiones culturales impuestas por la colonización occidental. Allí no se habla de mestizaje racial o cultural. La cultura asiática aún viva puede aflorar con nueva pujanza. El africano, casi

ajeno al mestizaje racial, puede partir de su raza, la raza con la que se quiso justificar su servidumbre, haciendo de ella expresión de una nueva humanidad. De allí la teoría de la negritud de un Senghor y un Aimé Cesaire, así como la situación, que por ser negro ha tocado al hombre de África en la relación patrón-proletariado de la que parte el pensamiento de Fanón, haciendo del africano el actor en un mundo que ha de ser reconstruido.

El mestizaje, en el asiático y el africano no forma parte de la problemática de su identidad. En cambio para el latinoamericano, es el problema central. Es éste precisamente, su verdadero problema, el problema que ha de resolver; no puede, como el asiático y el africano negar la cultura europeo-occidental. El asiático puede hacerlo a nombre de su milenaria cultura y el africano en nombre de su raza. El latinoamericano, se ha sentido, se siente y se sentirá parte de la cultura y de la raza que se ha impuesto en esta América. Parte pero no plena, como quisiera; aunque también esté enraizado en la cultura, en la raza y la realidad americanas que también le son propias. Una realidad que le impide ser plenamente europeo-occidental; pero que igualmente le impide ser plenamente americano, tal y como el asiático puede ser asiático y el africano, africano. Se lo impide el juicio europeo-occidental sobre otras culturas que no son las propias, el juicio sobre otras razas que no son la suya y sobre la mestización del todo. "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles", dice Bolívar. "Tengamos presente —agrega— que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter. Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indio se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de la misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis; esta desemajanza trae un reato de la mayor trascendencia." ¿Encontramos acaso en la historia de Europa una preocupación semejante? La respuesta está en que Europa y su cultura no tuvieron jamás, por encima de ellas, un juez que decidiese sobre su legitimidad o ilegitimidad. América, en cambio ha tenido y tiene, un severo juez, la propia Europa, el mundo occidental. Un mundo, una cultura que, en función de la expansión y defensa de sus intereses, enjuicia a otros hombres, pueblos y culturas.

Varios años después de Bolívar, otro americano, Domingo F. Sarmiento, volvía a preguntarse, "¿Qué somos? ¿Europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la respuesta ¿Mestizos? Nadie quiere serlo y hay millares que ni americanos ni argentinos querían ser llamados. ¿Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento?" De esta manera, lo que en Europa fue el origen de su poderosa identidad, en América va a ser, como diría el mismo Sarmiento, conflicto. Conflicto racial, y por ende también cultural. Conflicto que la generación de civilizadores y positivistas latinoamericanos trató de resolver amputando lo que tenía de americano, amputando lo que, ajuicio de Europa, le impedía ser como ella o bien ser como la prolongación de Europa en América, los Estados Unidos. De allí la negación de la identidad que el coloniaje ibero le había impuesto, tratando de hacer suya una identidad que le era extraña, y, en el intento por apropiarse esta extraña identidad, aceptar, aunque libremente, nuevas subordinaciones, nuevas servidumbres. Todo el pasado, todo lo que se poseía, lo indígena, lo español, lo africano y el mestizaje serán vistos como el origen

de la incapacidad de la América Latina para ser una más de las naciones que hacían posible el progreso y la civilización. Civilizadores y positivistas se empeñaron así en anular todo ese pasado y de esta forma forjar un futuro que nada tuviese que ver con tal pasado. Obviamente, éste no podía ser el futuro propio de esta América, sino el futuro que Europa, el mundo llamado occidental, le señalaba en beneficio de ella misma.

6. Encuentro con la identidad

El problema de la identidad de esta América queda, obviamente, sin respuesta, sin solución. Entre una identidad impuesta y una identidad adoptada la América Latina seguirá sin una definición de lo que podría ser su propia identidad. Las preguntas sobre la existencia o posibilidad de una expresión como literatura, la de su capacidad para reflexionar y sobre el sentido de lo que sea esta América quedan sin respuesta. No falta quien dude de la existencia de una identidad de pueblos como los nuestros. Carecen de identidad, se afirma, su identidad está fuera de ellos, en la cultura en la que han sido y quieren seguir siendo formados. Pero esta cultura está fuera de su propia índole; ella es sólo el arquetipo que ha de ser realizado, arquetipo universal, válido para todos los hombres y pueblos. ¿Por qué entonces insisten estos pueblos en buscar una identidad que sólo el arquetipo puede otorgar? Respuesta que proviene, por supuesto, de la concepción eurocentrista, que el propio americano hizo y aun hace suya para no sentirse huérfano, extraño a una cultura de la que sólo se atreve a ser eco y sombra.

Sin embargo a lo largo de diversas expresiones culturales de esta nuestra América, centralmente al término del siglo XIX e inicio del XX, se hace expreso el fracaso de los civilizadores y positivistas latinoamericanos, y se escuchan nuevas voces. Voces que se replantean el problema de la identidad latinoamericana, pero ya desde otros ángulos, en otros horizontes, los cuales se apartarán del servilismo impuesto por la postura eurocentrista. Es el punto de vista del proyecto asuntivo, asuntivo como expresión de un gran esfuerzo por asumir, asimilar, un pasado, una historia y sus expresiones culturales que no pueden ser eludidos por el hombre de esta América.

Quiérase o no, los hombres de nuestra América han hecho historia, tienen, igualmente, una forma de expresión que no encuentra paralelo en otras historias y expresiones del hombre. Por ello mismo sus reflexiones son distintas de otras reflexiones y su sentido tiene que ser igualmente distinto. Una historia, una expresión, una reflexión y un sentido peculiares, como peculiares son todas las expresiones del hombre y de los pueblos. Pero no tan peculiares que dejen de ser expresión de lo humano y, por ello, al alcance de la comprensión de otros hombres. La peculiaridad latinoamericana está, precisamente, en esa su ineludible necesidad por dar expresión y sentido a lo que dentro de sí pareciera controvertido, opuesto, encontrado. Tiene que hacer suya a Europa, su historia y su cultura, pero sin dejar por ello de ser americano. Hacer de la historia y la cultura europea parte de la historia y cultura americanas. Hacer, precisamente, lo que Europa ha venido haciendo de sí misma, de su historia y su cultura hasta trascender sus fronteras geográficas y culturales, prolongándose en otros pueblos y culturas, pero sin que este su prolongarse implique anular, ahogar, soterrar esos otros pueblos y culturas, ya que así anularía su propio desarrollo. Una Europa sin esta capacidad dialéctica, asuntiva, sería una Europa muerta, eco y sombra de sí misma. Precisamente, lo peculiar de esta nuestra América está en ese su permanente esfuerzo por dejar de ser eco y sombra de Europa. Negarse a ser eco y sombra de la cultura europea es, precisamente, negarse a aceptar la defunción o fin de esa cultura. Ni eco ni sombra, sino prolongada acción del hombre para expresarse, reflexionar y dar sentido a todo lo que esa expresión y reflexión ha hecho

patente.

Una historia y cultura peculiares que tienen como problema el trascender — asimilando— el arquetipo que Europa y su cultura se empeñaron en imponer a otros hombres y pueblos. Dejar de ser eco y sombra para ser, como Europa, realidad viva, activa y por ello cambiante, en la medida en que va asimilando otras peculiaridades.

Para ello, los hombres de esta región americana, habrán de partir de su más auténtica realidad. Realidad formada por largos siglos de coloniaje impuesto o aceptado, pero coloniaje siempre. Partirá igualmente, de la experiencia de la historia de los esfuerzos hechos a lo largo de ese prolongado coloniaje, para ponerle fin. En "Nuestra América", Martí cantaba en prosa la larga epopeya de esa lucha descolonizadora. Colonización y descolonización, como expresión de las encontradas expresiones de la identidad latinoamericana sobre la cual se interrogaron libertadores y civilizadores, sobre la cual se han seguido interrogando los próceres y forjadores de la cultura americana. Ni identidad impuesta, ni identidad adoptada, sino la propia identidad latinoamericana obligada a recibir y a adaptar para poder expresarse y actuar en un mundo una y otra vez impuesto o adoptado. Expresarse, pero no repitiendo la lección de lo impuesto o adoptado sino expresándose como realidad que, pese a los embates, no puede dejar de ser lo que ella es. No diciendo o repitiendo bien la lección impuesta o adoptada, sino maldiciéndola, esto es, expresándola a partir de una realidad peculiar que no es ya la realidad que originó las expresiones impuestas o adoptadas. No bendiciendo o bien diciendo, sino maldiciendo lo aceptado por la fuerza o libremente. Y en esa maldición, en este ser mal eco y sombra, de una realidad que no es la propia, hacer patente la identidad de una América siempre presente. Con una identidad peculiar, pero no tan peculiar que sea extraña a lo humano. A partir de su propia y nunca puesta en duda peculiaridad Europa se afianzó como entidad, para imponer la misma a otros pueblos. Así creó los calificativos que convertían en anacrónicos o primitivos a hombres y pueblos que no coincidían con esa su peculiaridad. Habrá, entonces, que partir de lo peculiar, pero no para imponerlo. Lo peculiar, la buscada identidad, es lo propio de todo hombre, de toda cultura. Es lo que hace del hombre un hombre. Y es, por ello, lo que debe ser preservado, respetado. Porque esto es el hombre, un ente concreto que no puede ser modelo de otro hombre, éste es su semejante, su igual, y como tal ha de ser tratado para alcanzar trato semejante. En este sentido, el largo preguntar sobre la identidad de esta América, sobre lo que es esencial a sus hombres, puede encontrar una respuesta que, acaso, parezca de perogrullo: el hombre de esta América es un hombre sin más; hombre como todos los hombres, con sus posibilidades e impedimentos. Posibilidades e impedimentos cuyo conocimiento podrán permitir, a estos hombres afianzar su propia humanidad, pero sin que tal afianzamiento implique, en forma alguna, la negación de otras expresiones de lo humano, la negación del hombre en su multiplicidad y riqueza.